Calabria; más allá, al norte y al oeste, hállanse las islas Lipari, que bajo la línea del horizonte proyéctanse como curiosos carbúnculos marinos; hácia el sur, la línea de costas con sus esmaltadas pendientes tiene por fondo el cono blanco del Mongibelo, la «montaña magnífica,» único nombre con que el Etna es conocido del campesino siciliano. Cuando la atmósfera está muy clara y serena, se ve á la distancia de cincuenta millas, y merece muy bien su nombre.

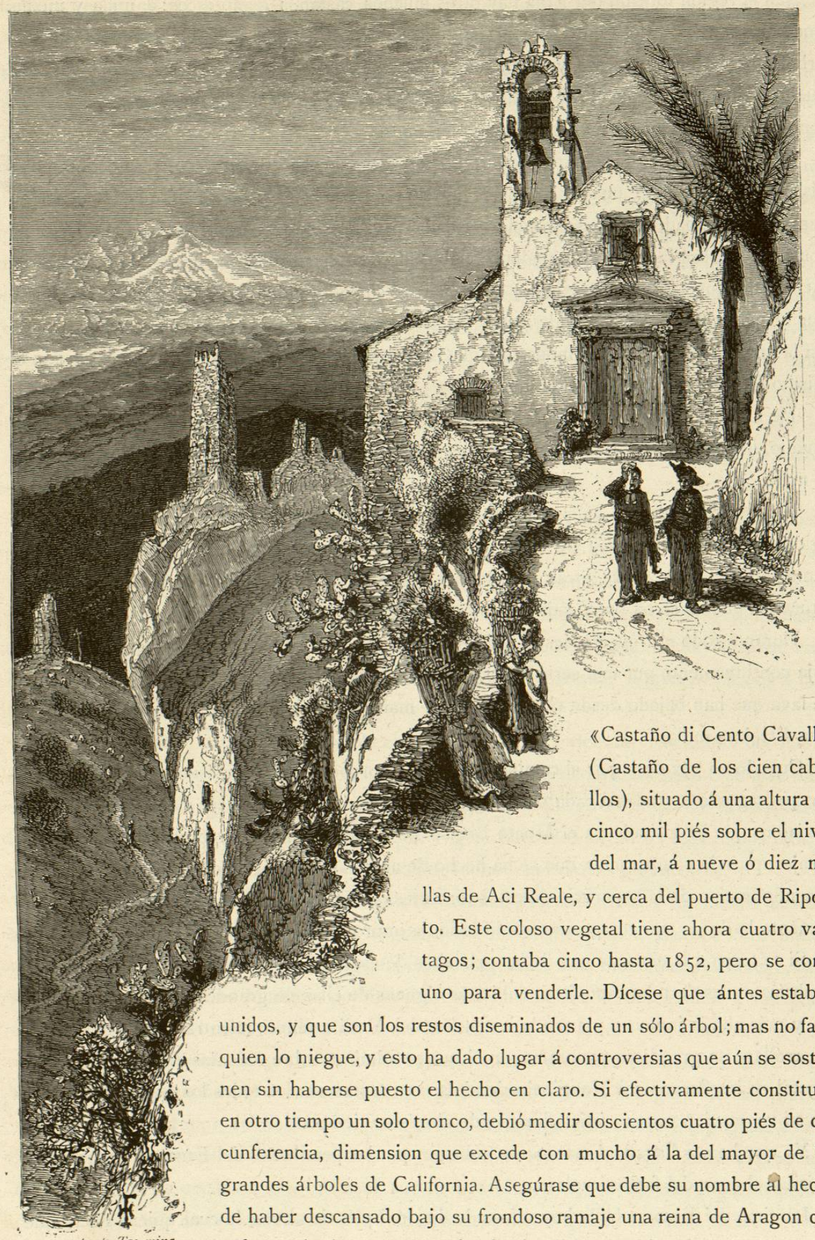
En cuanto á la ciudad de Messina, bien se mire desde el mar, ó como se figura en el grabado, desde la pendiente de la colina que hay detrás de la ciudad, es singularmente pintoresca; su punto más notable, el Zancle, que dió nombre á la antigua ciudad, llamado tambien *Braccio di San Raniero* (Brazo de San Raniero), es un promontorio bajo que prolongándose desde la costa forma una rompiente natural y un cómodo puerto, donde se hallan las oficinas de aduanas y otros edificios del comercio, además del faro y la ciudadela. En el fondo de este arrabal anfibio hay varias colinas muy pintorescas, cuya base está cruzada por las calles de la parte de la ciudad agrupada allí; no faltan iglesias, casinos, casas de recreo particulares, granjas y conventos, mezclados con numerosos jardines: las colinas están perfectamente cultivadas hasta su cumbre.

El trayecto desde Messina á Catania es de lo más delicioso que imaginar se pueda. La primera poblacion importante que se encuentra al seguir este camino, y en la cual suelen detenerse todos los viajeros, es Taormina, que aunque sólo tiene unos cinco mil habitantes, es notablemente rica por sus espléndidas iglesias, lo cual no impide que su pueblo vegete en la pobreza y en la más triste condicion. Desde las colinas que rodean á Taormina se puede disfrutar del magnífico golpe de vista que ofrece el Etna con sus corrientes de lava, que radiando desde el cono extiéndense á lo léjos en todos sentidos. Sobre una de estas corrientes se ven las ruinas de un antiguo teatro, la curiosidad más notable que se encuentra en Taormina, y el punto de donde mejor se puede contemplar el grandioso panorama que ofrece esta region. En otra corriente hállanse los restos de un antiguo castillo sarraceno y la ermita de *Santa María della Roca.*

Más allá de Taormina, en el camino de Catania, las moles de caliza amarilla y de variado mármol que se destacan tan atrevidamente en San Alejo son sustituidas por colinas de lava porosa, de color pardusco ó rojizo, en las cuales no se podria reconocer ahora las corrientes abrasadoras que invadieron las tierras: hoy forman una especie de cordilleras pedregosas, tomando en algunos puntos la configuracion de rocas escarpadas cuyas caras perpendiculares elévanse á seis mil piés de altura; algunas de ellas, negras y completamente peladas, ofrecen el más triste aspecto.

Estos son los productos de erupciones comparativamente modernas; las más antiguas tienen la superficie cubierta del polvo volcánico de las erupciones siguientes, que con los restos vegetales de las pasadas generaciones han formado un suelo de maravillosa fertilidad. La vid prospera con singular vigor sobre la lava, la cual le suministra la potasa que las uvas absorben tan rápidamente.

Entre los diversos vegetales que acusan la maravillosa fertilidad de esta region figuran principalmente los gigantescos castaños del Etna, de los cuales el más famoso es el llamado



Ermita de Taormina

«Castaño di Cento Cavalli» (Castaño de los cien caballos), situado á una altura de cinco mil piés sobre el nivel del mar, á nueve ó diez millas de Aci Reale, y cerca del puerto de Riposto. Este coloso vegetal tiene ahora cuatro vástagos; contaba cinco hasta 1852, pero se cortó uno para venderle. Dícese que ántes estaban unidos, y que son los restos diseminados de un sólo árbol; mas no falta quien lo niegue, y esto ha dado lugar á controversias que aún se sostienen sin haberse puesto el hecho en claro. Si efectivamente constituyó en otro tiempo un solo tronco, debió medir doscientos cuatro piés de circunferencia, dimension que excede con mucho á la del mayor de los grandes árboles de California. Asegúrase que debe su nombre al hecho de haber descansado bajo su frondoso ramaje una reina de Aragon con todo su séquito, que constaba de cien jinetes.

En la region forestal del Etna hay otros muchos castaños gigantescos: á milla y media, poco más ó ménos, del Cento Cavalli, hay uno llamado Castagna della Galea, que es un solo árbol, todavía muy vigoroso, y de una circunferencia de setenta y seis piés á media vara del suelo: probablemente es el árbol más grande del mundo, y uno de los más respetables por su longevidad, pues cuenta nada ménos que mil años.

Volviendo á la costa veremos pronto unas rocas ciclópeas que no son otra cosa sino moles aisladas de lava, sobre una de las cuales hállase asentado el *Castello d'Aci*, que segun aseguran en la localidad, es la misma mole arrojada por Polifemo al infortunado Acis. De aquí tomaron nombre tambien el inmediato pueblecillo de Aci Castello, la importante ciudad de Aci Reale, que está muy próxima, y otras cuatro ó cinco localidades, de todas las cuales dícese que ocupan el mismo sitio donde Acis y Galatea se confiaban su apasionado amor, despertando así la envidia y los celos del monstruo, que segun la leyenda no era ni más ni ménos que el mismo Etna, y su único ojo el cráter.

De un lecho de lava situado cerca de Aci brota la famosa corriente de que nos habla Ovidio, llamada Aqua Grande, que despues de franquear el espacio de una milla se vierte en el mar.

El pueblecillo de Aci hállase asentado sobre una gigantesca mole de lava, debida á la aglomeracion ó confluencia de siete corrientes de distintas épocas, que deteniéndose aquí acumuláronse unas sobre otras, formándose al fin un precipicio negruzco de 650 piés de altura, en el cual se ha practicado una tosca escalera para subir al pueblo.

Durante todo el trayecto desde Aci á Catania, que es de unas once millas, se sube y se baja continuamente por una serie de escabrosas colinas, formadas por las continuas corrientes de lava que han bajado desde el Etna hasta el mar, recorriendo distancias que variaban de diez á treinta millas.

Cuando en vez de ir por el camino ordinario se prefiere franquear estas extrañas eminencias pedregosas, cortadas á cada paso, algunas de ellas de color negruzco y de aspecto salvaje, el viajero que ha visitado ya el Monte Blanco no puede ménos de recordar algunos de sus parajes, pues la comparacion que se ha hecho de aquellas con un glaciar es más notable aquí: la configuracion de la superficie de estos torrentes, abrasadores en otro tiempo, simila singularmente la de un mar tempestuoso solificado de improviso.

Si se trepa á la cima de una de las más altas de estas olas de piedra, se verán por un lado sombrías moles de toba esponjosa, cubiertas algunas de ellas de grandes manchas amarillentas, y más allá la inmensa y azulada extension del Mediterráneo; miéntras que por el otro desarróllase un grandioso panorama, en el que se admiran sobre todo las bellezas del reino vegetal en los flancos del Mongibelo, donde se ven representados todos los climas de Europa con su vegetacion característica floreciendo al mismo tiempo.

Ya que hemos llegado á este punto, subamos por las pendientes del Etna para admirarlas y visitar el cono del famoso volcan.

La cima del Etna se halla hoy á más de diez mil piés de altura, lo cual quiere decir que traspasa con mucho el límite de las nieves eternas, por cuya razon está siempre cubierta de

hielo, y generalmente oculta entre las nubes, excepto en los casos en que sopla el viento Norte ó Nordeste. La fatiga que ocasiona la subida olvídase muy pronto ante el grandioso paisaje que se desarrolla á la vista del espectador, el cual puede abarcar de una mirada la *Isla de los tres cabos (Tunicaria)*, como llamaban los antiguos á Sicilia. A la vez que admira el magnífico espectáculo de las islas que rodean á ese país como una guirnalda de flores, bañada por las aguas que doran los rayos del sol, el geólogo puede distinguir perfectamente las lavas y la piedra, las rocas primitivas, la traquita y el pórfido, y explorar la estructura exterior é interior de la montaña. En todo tiempo es imponente el aspecto que ofrece el cráter del Etna: por todas partes se ven escorias negruzcas, fragmentos de lava y de basalto; y los intersticios aparecen llenos de cenizas y de piedra pómez; azufre cristalizado ó sublimado obstruye los conductos que comunican con el interior, donde seria peligroso bajar, porque exhala continuamente ácido carbónico y vapores sulfurosos. El centro del cráter es de todo punto inaccesible á causa de los numerosos orificios que vomitan simultáneamente rocas en fusion, ardientes cenizas y azufre inflamado, y despues de contemplar el horror grandioso de aquel espectáculo admirable, dirígense con gusto las miradas hácia el paisaje risueño que rodea el volcan.

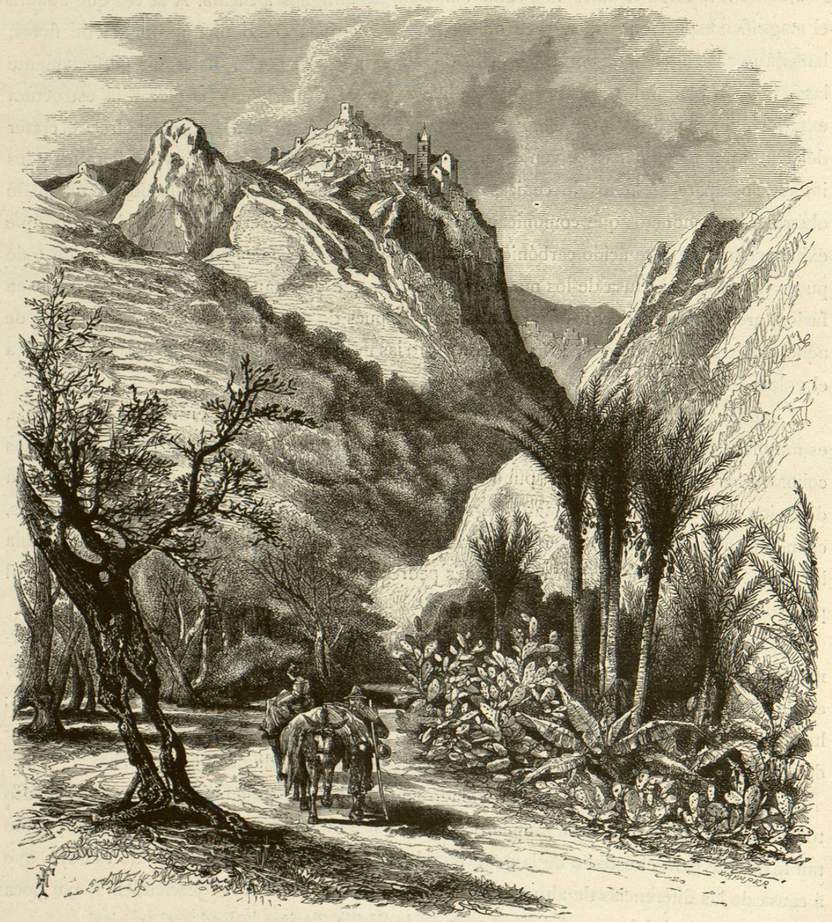
Cuando se tiene la suerte, harto rara por cierto, de subir á la cima en un tiempo apacible, es muy fácil estudiar el terreno de la montaña. El espectador ve extenderse á sus piés las colinas y los pueblos, y segun el punto donde aparecen los montecillos, se puede seguir la direccion de los radios que forman las grietas primitivas, producidas por las fuerzas plutónicas, cuando se abrió el primer cráter de levantamiento, cuya circunferencia es de cerca de una legua. Fácil es reconocerlo por sus paredes pedregosas, que cortadas á pico, se elevan á mil piés sobre el *Val di bove*.

Las corrientes de lava, vistas desde la cima, presentan un golpe de vista maravilloso; forman una especie de rayas que parten del centro; pero á causa de su color oscuro se cree ver, en vez de masas pedregosas, espantosos abismos sin fondo, que parecen cortar la espesura; luégo se observa cómo atraviesan la espléndida vegetacion de los jardines y los campos rodeados de viñas y cómo llegan en fin al mar, prolongándose cual diques gigantescos.

Desde la cima, el espectador maravillado ve tambien desarrollarse en un mismo cuadro todos los productos de la flora erupea, y seguramente no existe en toda Europa otro punto tan favorable para el estudio de la geografía de los vegetales. Las montañas de Saboya, que á causa de las diferencias de altura, podrian presentar fenómenos, no descienden á tan poca distancia del nivel del mar, ni disfrutan, como la Sicilia, de una latitud casi tropical.

Las diferentes zonas en que se divide la superficie de la montaña se mezclan entre sí de una manera muy variada, y á veces sucede que el bosque domina á la region de las nieves, mas para el observador, colocado en la parte más alta, desaparecen todas las pequeñas desigualdades, y las líneas de demarcacion entre las zonas se reconocen perfectamente. Una faja de bosques, de un verde oscuro, casi azul, sucede á la blanca túnica de nieve que cubre la cima, separándola de la inmensa alfombra de verdura y flores que se extiende sobre toda la Sicilia.

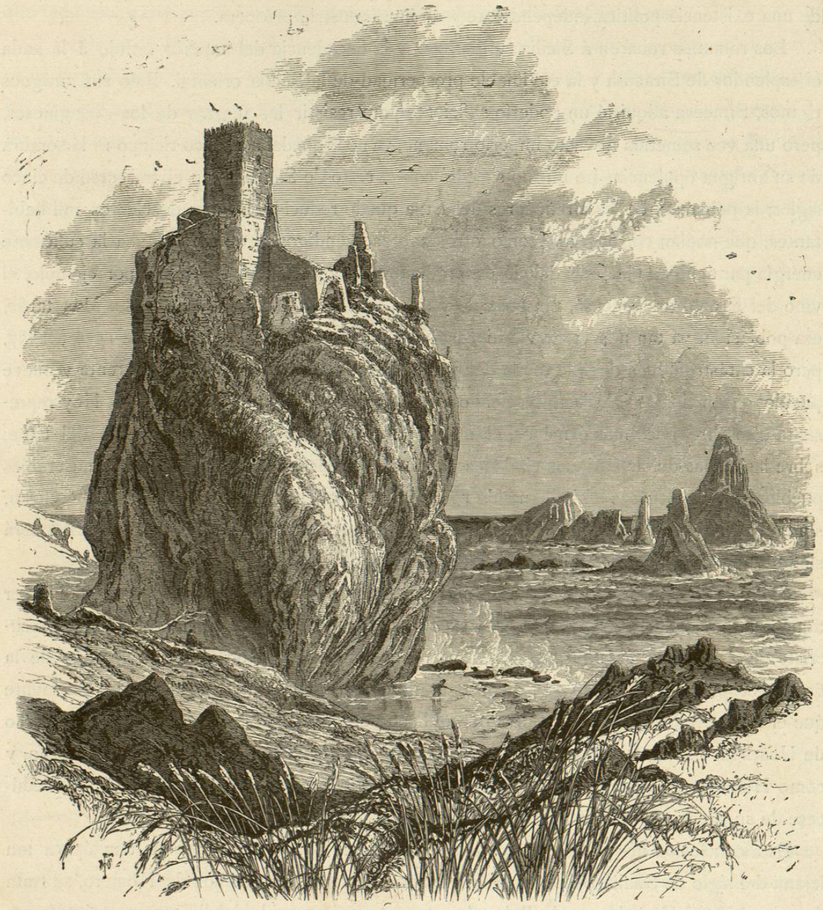
Al pasar al exámen de los detalles, se ven desde luégo, en la region de las nieves, varios antiguos conos de erupcion, cuyo interior oculta una vegetacion abundante que ha empezado á desarrollarse en las cenizas volcánicas. Entre estos merecen especial mencion los que se



Vista de Limino

conocen con el nombre de *Monte Arso* y Bamboloso, sólo que en vez de palmeras, crecen pinos negros, atendida la altura y la temperatura rigurosa, que corresponde á la de 70° de latitud boreal; un poco más abajo se encuentran abedules, hayas y encinas análogas á la del 60° de latitud Norte; en el límite de la region cultivada se hallan desde luégo los magníficos castaños de la India de que ántes hablamos, y á estos siguen los pinos y las vides, que avanzan en el bosque entrelazando con sus verdes pámpanos los troncos de los árboles.

A partir de este punto, el carácter de la vegetacion es cada vez más meridional: en vez del sauce de nuestros países, constituye el olivo uno de los adornos de los jardines; á los arroyos prestan dulce sombra los rododendrones, cargados de magníficas flores; los cipreses



Castillo de Aci

se elevan majestuosamente; los laureles, los limoneros y los naranjos florecen dan fruto en todas las estaciones, y los campos están cubiertos de maíz en vez de trigo. Cuando se está ya en plena llanura, hállase una vegetacion que se asemeja más á la de los trópicos; la higuera de Berbería *(Opuntia ficus indica)* domina las calles de árboles; en los pocos puntos no cultivados de aquel eden tan delicioso abundan los aloes de grandes hojas y las palmeras de formas esbeltas están reunidas en vistosos grupos, que imprimen al paisaje un sello especial.